



XXIX DOMINGO DEL TIEMPO ORDINARIO

16 de octubre de 2022

ANIMADOR: Comenzamos esta celebración en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo.... **R/ Amén.**

La gracia de Nuestro Señor Jesucristo, el amor del Padre y la comunión del Espíritu Santo, esté con todos vosotros. **R/ Y con tu Espíritu.**

MONICIÓN DE ENTRADA

Cuando nos reunimos cada domingo para celebrar la Eucaristía, lo más importante que hacemos es dar gracias a Dios por su salvación, y recibir el alimento de la Palabra y del Cuerpo de Jesucristo. Pero junto a esto, hacemos también otra cosa muy importante. Nos ponemos ante el Señor con toda nuestra vida, y le presentamos nuestros deseos, nuestras necesidades y nuestras dificultades, porque sabemos que él nos escucha y nos llena con su amor. Pongamos nuestra confianza en Dios, que siempre escucha la oración de sus hijos.

[CANTO]

ACTO PENITENCIAL

En silencio, pongámonos ahora ante Dios y pidámosle su gracia salvadora:

- Tú, que haces siempre lo que agrada al Padre,
R/ Señor, ten piedad.

- Tú, que tienes compasión de nosotros,
R/ Cristo, ten piedad.

- Tú que has muerto y has resucitado por nosotros,
R/ Señor, ten piedad.

Dios todopoderoso tenga misericordia de nosotros,
perdone nuestros pecados
y nos lleve a la vida eterna. **R/ Amén.**

GLORIA

Gloria a Dios en el cielo,
y en la tierra paz a los hombres



que ama el Señor.
Por tu inmensa gloria te alabamos,
te bendecimos, te adoramos, te glorificamos,
te damos gracias, Señor Dios, Rey celestial,
Dios Padre todopoderoso.
Señor, Hijo único, Jesucristo.
Señor Dios, Cordero de Dios, Hijo del Padre;
Tú que quitas el pecado del mundo,
ten piedad de nosotros;
tú que quitas el pecado del mundo,
atiende nuestra suplica;
tú que estás sentado a la derecha del Padre,
ten piedad de nosotros;
porque sólo tú eres Santo,
sólo tú Señor,
sólo tú Altísimo, Jesucristo,
con el Espíritu Santo en la gloria de Dios Padre.
Amén.

ORACIÓN COLECTA

Tiende, Señor, a tus siervos y derrama tu bondad imperecedera sobre los que te suplican, para que renueves lo que creaste y conserves lo renovado en estos que te alaban como autor y como guía.

Por Jesucristo, Nuestro Señor.

R/ Amén.

LITURGIA DE LA PALABRA

Primera Lectura

Lectura del segundo libro del Éxodo (17, 8-13)

En aquellos días, Amalec vino y atacó a Israel en Refidín. Moises dijo a Josue: «Escoge unos cuantos hombres, haz una salida y ataca a Amalec. Mañana yo estaré en pie en la cima del monte, con el bastón de Dios en la mano». Hizo Josué lo que le decía Moisés, y atacó a Amalec; entretanto, Moisés, Aarón y Jur subían a la cima del monte. Mientras Moisés tenía en alto las manos, vencía Israel; mientras las tenía bajadas, vencía Amalec. Y, como le pesaban los brazos, sus compañeros tomaron una piedra y se la pusieron debajo, para que se sentase; mientras, Aarón y Jur le sostenían los brazos, uno a cada lado.



Así resistieron en alto sus brazos hasta la puesta del sol. Josué derrotó a Amalec y a su pueblo, a filo de espada.

Palabra de Dios.

R/ Te alabamos, Señor.

Salmo responsorial Sal 120, 1-2.3-4.5-6.7-8

R. Nuestro auxilio es el nombre del Señor, que hizo el cielo y la tierra.

R/. Nuestro auxilio es el nombre del Señor, que hizo el cielo y la tierra.

Levanto mis ojos a los montes: ¿de dónde me vendrá el auxilio? El auxilio me viene del Señor, que hizo el cielo y la tierra. **R/. Nuestro auxilio es el nombre del Señor, que hizo el cielo y la tierra.**

No permitirá que resbale tu pie, tu guardián no duerme; no duerme ni reposa el guardián de Israel. **R/. Nuestro auxilio es el nombre del Señor, que hizo el cielo y la tierra.**

El Señor te guarda a su sombra, está a tu derecha; de día el sol no te hará daño, ni la luna de noche. **R/. Nuestro auxilio es el nombre del Señor, que hizo el cielo y la tierra.**

El Señor te guarda de todo mal, él guarda tu alma; el Señor guarda tus entradas y salidas, ahora y por siempre. **R/. Nuestro auxilio es el nombre del Señor, que hizo el cielo y la tierra.**

Segunda lectura

Lectura de la carta del apóstol san Pablo a Timoteo (3, 14–4, 2)

Querido hermano:

Permanece en lo que aprendiste y creíste, consciente de quiénes lo aprendiste, y que desde niño conoces las Sagradas Escrituras: ellas pueden darte la sabiduría que conduce a la salvación por medio de la fe en Cristo Jesús. Toda Escritura es inspirada por Dios y además útil para enseñar, para argüir, para corregir, para educar en la justicia, a fin de que el hombre de Dios sea perfecto y esté preparado para toda obra buena. Te conjuro delante de Dios y de Cristo Jesús, que ha de juzgar a vivos y a muertos, por su manifestación y por su reino: proclama la palabra, insiste a tiempo y a destiempo, arguye, reprocha, exhorta con toda magnanimidad y doctrina.

Palabra de Dios.

R/ Te alabamos, Señor.



Se invita a ponerse de pie. [Canto del Aleluya]

EVANGELIO:

Lectura del santo Evangelio según san Lucas (18, 1-8)

En aquel tiempo, Jesús decía a sus discípulos una parábola para enseñarles que es necesario orar siempre, sin desfallecer. «Había un juez en una ciudad que ni temía a Dios ni le importaban los hombres. En aquella ciudad había una viuda que solía ir a decirle: “Hazme justicia frente a mi adversario”. Por algún tiempo se estuvo negando, pero después se dijo a sí mismo: “Aunque ni temo a Dios ni me importan los hombres, como esta viuda me está molestando, le voy a hacer justicia, no sea que siga viniendo a cada momento a importunarme”». Y el Señor añadió: «Fijaos en lo que dice el juez injusto; pues Dios, ¿no hará justicia a sus elegidos que claman ante él día y noche?; ¿o les dará largas? Os digo que les hará justicia sin tardar. Pero, cuando venga el Hijo del hombre, ¿encontrará esta fe en la tierra?».

Palabra del Señor

R/ Gloria a Ti, Señor Jesús

Nos sentamos para la reflexión sobre las lecturas que acabamos de escuchar.

XXIX DOMINGO DEL TIEMPO ORDINARIO–CICLO C- LUCAS (18, 1-8)

La primera lectura nos recuerda, con el lenguaje pintoresco del Antiguo Testamento, la importancia decisiva de la oración: «Mientras Moisés tenía los brazos en alto [orando], vencía Israel». El evangelio también nos recuerda que los discípulos de Jesús han de «orar siempre sin desanimarse». Con ambas lecturas, el Señor manifiesta que la oración constante y sin desánimo es eficaz.

¿Cómo se compagina esta enseñanza con aquella otra de Jesús, en la que nos dice que al rezar no seamos palabreros como los paganos, que se imaginan que por hablar mucho les harán caso, pues vuestro Padre sabe lo que os hace falta antes de que lo pidáis? (Mt 6, 7-8). En qué quedamos: ¿hemos de pedir una y mil veces o podemos mantenernos de brazos cruzados confiando en que Dios nos socorrerá, puesto que conoce nuestras necesidades? Sin embargo, no hay contradicción entre una y otra enseñanza. Es cierto que Dios conoce nuestros problemas, dificultades y carencias, y podemos confiar en su auxilio, como hemos rezado en el salmo: «El auxilio me viene del Señor, que hizo el cielo y la tierra». Pero esto no sólo no impide que le exponamos nuestro estado de ánimo ante las angustias y problemas que la vida nos proporciona, sino que reclama que lo hagamos, pues, al



manifestar a Dios nuestros problemas, crece la seguridad de que estamos hablando con un Padre bueno, y aumenta la serenidad y el consuelo en el corazón.

Además, el ritmo de Dios no es idéntico al nuestro. Nuestro tiempo está marcado por la impaciencia; el de Dios, por la confianza. A los cristianos de la comunidad para la que Lucas escribió su evangelio les preocupaba que la vuelta del Señor en gloria y majestad se retrasaba y ellos estaban viviendo hostigados y perseguidos. Para aquellos cristianos la exhortación de esta parábola a perseverar en la fe, les proporcionaba esperanza, serenidad y consuelo.

¿Y a nosotros? ¡Cuántas veces hemos suplicado a Dios que haya más justicia en este mundo o que haga fructificar nuestros esfuerzos por la evangelización! ¡Cuántas veces le hemos pedido que su nombre sea reconocido, que los jóvenes se decidan a seguir la vocación que Él les hace...! y tenemos la impresión de que no nos escucha. Ante el aparente silencio de Dios, podemos sentirnos desanimados. Por eso, también nosotros necesitamos esta exhortación a perseverar con fe en la oración.

Jesús propuso una parábola en la que la protagonista era una pobre viuda, símbolo del mayor desvalimiento, que tiene un litigio probablemente con un rico, y en medio está un juez inicuo al que el rico puede sobornar. Parece que la viuda lo tiene todo perdido. Pero ella insiste una y otra vez. Es tan constante en su reclamación que al final el juez inicuo le hace justicia para evitarse el fastidio de la importunidad de la viuda y el riesgo de que un día hasta llegue a agredirle.

Con esta historia, Jesús quiere manifestarnos que Dios no es como ese juez inicuo, sino que es un buen padre, y si aquel juez desaprensivo terminó haciendo justicia a la viuda para que lo dejara tranquilo, «Dios ¿no hará justicia a sus elegidos que le gritan día y noche? Os digo que les hará justicia sin tardar».

Pero añade una última frase que da qué pensar: «Cuando venga el Hijo del hombre, ¿encontrará esta fe en la tierra?». Es una interpelación dirigida a sus discípulos y también a nosotros. Viene a decirnos: ¿seréis capaces de mantener viva la esperanza y encendidas las lámparas hasta que el Señor se manifieste? Porque ciertamente que se manifestará. Fácilmente olvidamos que el ritmo de Dios no coincide con el nuestro como advirtió el profeta: «mis caminos no son vuestros caminos». Él es eterno y nosotros impacientes. La espera confiada aviva en nosotros la convicción de que Dios es el totalmente Otro y, sin embargo, es nuestro Padre.

Pedro Escartín Celaya



Nos ponemos de pie y juntos recitamos el Credo, el fundamento de nuestra fe:

Credo de los Apóstoles

Creo en Dios, Padre todopoderoso, Creador del cielo y de la tierra.

Creo en Jesucristo, su único Hijo, nuestro Señor, que fue concebido por obra y gracia del Espíritu Santo, nació de santa María Virgen, padeció bajo el poder de Poncio Pilato, fue crucificado, muerto y sepultado, descendió a los infiernos, al tercer día resucitó de entre los muertos, subió a los cielos y está sentado a la derecha de Dios, Padre todopoderoso. Desde allí ha de venir a juzgar a vivos y muertos.

Creo en el Espíritu Santo, la santa Iglesia Católica, la comunión de los santos, el perdón de los pecados, la resurrección de la carne y la vida eterna. Amén.

ORACIÓN DE LOS FIELES:

Oremos al Señor, nuestro Dios. Repetimos después de cada petición: ***“Te rogamos, óyenos”***.

1.- Por el Papa Francisco, por nuestro obispo Ángel y por todos los obispos, sacerdotes y diáconos: para que sepan proclamar tu palabra, como decía san Pablo, a tiempo y a destiempo, exhortando con toda magnanimidad y doctrina, roguemos al Señor: ***R/ “Te rogamos, óyenos”***.

2.- Por los que gobiernan a los pueblos: para que sean artífices de paz, de justicia y de verdad, roguemos al Señor: ***R/ “Te rogamos, óyenos”***.

3.- Por todos los misioneros y misioneras que trabajan y se entregan para que el mundo entero reconozca a Cristo nuestro Señor: para que sean ayudados por nosotros, con nuestra oración y nuestras colectas, roguemos al Señor: ***R/ “Te rogamos, óyenos”***.

4.- Tú nos pides que oremos sin desfallecer. Te pedimos, Padre, un domingo más, que envíes obreros a tu mies: jóvenes que entreguen su vida en el sacerdocio, especialmente para nuestra diócesis, roguemos al Señor: ***R/ “Te rogamos, óyenos”***.

5.- Envía, Señor, tu Espíritu de fortaleza a los que se ven amenazados a causa de su fe, para que puedan dar testimonio de ti y del Evangelio, roguemos al Señor: ***R/ “Te rogamos, óyenos”***.



6.- Por cada uno de nosotros y nuestras familias, nuestros vecinos, por los enfermos de la parroquia y los más ancianos y por todos aquellos que necesitan nuestra oración: para que aumentes nuestra fe y nos concedas permanecer siempre unidos a ti, anunciando a todos con nuestra vida la alegría del Evangelio, roguemos al Señor: **R/ “Te rogamos, óyenos”.**

Por Jesucristo nuestro Señor. **R/ Amén.**

[Finalizada la oración de los fieles, el animador de la comunidad toma la reserva Eucarística y la pone sobre el altar. Mientras colocamos la reserva eucarística sobre el altar, los feligreses pueden permanecer sentados o de rodillas. Mientras tanto se puede entonar un CANTO]

RITO DE COMUNIÓN.

Antes de participar en el banquete de la Eucaristía, signo de reconciliación y vínculo de unión fraterna, oremos juntos como el Señor nos ha enseñado:

Padre nuestro, que estás en el cielo...

[Tomando en las manos la sagrada Eucaristía y elevándola, el animador dice:]

Éste es el Cordero de Dios, que quita el pecado del mundo. Dichosos los invitados a la Cena del Señor...

[Distribución de la Sagrada Eucaristía. CANTO]

ORACIÓN FINAL

Al concluir nuestra celebración, nos dirigimos a la Madre de Dios, y le pedimos que nos enseñe a permanecer, como Ella, en esta oración continua, siempre en presencia de Dios, tanto en los momentos gozosos como en los más difíciles: Bajo tu amparo nos acogemos, santa Madre de Dios; no deseches las súplicas que te dirigimos en nuestras necesidades, antes bien, líbranos de todo peligro, ¡Oh siempre Virgen, gloriosa y bendita!

El Señor nos bendiga,
nos guarde de todo mal
y nos lleve a la vida eterna. **R/ Amén.**

Bendigamos al Señor.
R/ Demos gracias a Dios.